

APROXIMACION A MONOD (Cátedra de Antropología y Filosofía de la Ciencia)

Roberto Mendoza*

Primera intención

No es nuestro propósito definir la filosofía. Ni siquiera abordarla como modestos aficionados. De antemano pedimos perdón a los filósofos por pretender hablar de lo suyo. Utilizaremos la palabra filosofía solamente para que nos entienda el hombre de la calle y en tal caso la vamos a utilizar como sinónima de “una explicación del Universo”. Y para mejor entender el alcance de nuestra intención filosófica partiremos del positivismo. Por lo tanto “negando” la filosofía.

Filosofía positivista

Este movimiento, siglo XIX, partió de Augusto Comte y para nuestros abuelos tuvo validez universal. Es bien sabido que para los positivistas la explicación del Universo pasó por tres etapas:

- Divina
- Metafísica
- Positiva

Que podrían resumirse en tres palabras:
Dios, Filosofía y Ciencia.

A continuación los positivistas nos aclararon que la explicación “divina” ya está desacreditada, que la explicación “filosófica” está superada, y en fin, que la explicación “científica” era la única válida.

Según ellos el hombre científico debe desmitificar las dos etapas anteriores, puesto que las dos son anticientíficas; tanto la divina como la

filosófica. El científico serio para explicarse el Universo no necesita pactar con Dios ni con la filosofía. Le basta con la observación y la experimentación.

Este sería el punto de vista de un positivista siglo XIX. Para ellos era urgente acabar con el “finalismo.”

Los fenómenos naturales no tienen finalidad alguna. Son y basta. Sencillamente “acaecen”, existen. Nos basta con observarlos primero y encontrarles una explicación después. Pero a condición de que sea científica, natural.

La única misión del “científico positivista” se reduce a buscar el mecanismo de cada fenómeno. Es decir encontrar la causa que lo produce. Causa y efecto considerados como el antecedente y el consecuente del fenómeno.

Cualquier fenómeno debe tener una explicación. Una causa.

No hay efecto sin causa

Buscad la causa y encontraréis el efecto. Y como consecuencia *sublata causa, tollitur effectus*, “suprimid la causa y suprimiréis el efecto.”

Ir más allá de este determinismo causal, es equivalente a escapar de la ciencia para perdernos en filosofías inoperantes.

Si conocemos la “causa”, ya lo tenemos todo. En esto radica toda la función del investigador. Buscar la causa que determina el efecto. La palabra clave es por esto: determinismo.

Abajo el finalismo

Según esto sería inútil buscar una finalidad, un sentido, un porqué o un para qué.

Los fenómenos no tienen intención alguna. Son simplemente resultante de una causa que

* Departamento de Farmacología, Sección de Graduados, Escuela Superior de Medicina, IPN.

debemos buscar día y noche hasta encontrarla. Así se trate de un fenómeno físico, químico, natural o biológico. Dos sentencias podrían resumir esta actitud:

- 1º Todo fenómeno tiene una causa que lo determina.
- 2º Nada tiene una finalidad preestablecida.

Finalidad y sentido

Y así transcurre todo el tiempo feliz de nuestros mayores, buscando una causa satisfactoria a los fenómenos naturales.

Pero llegamos a finales del siglo XX y ahora las cosas vuelven a complicarse. En cierto modo hemos vuelto a su punto de partida. El libro de Monod titulado *Azar y necesidad*, se inicia con un capítulo que dice: "Extraños cuerpos."

Pues bien, estos cuerpos extraños a que alude Monod son precisamente los que integran todo el patrimonio de la biología.

Y mira por donde ahora resulta que su extrañeza consiste precisamente en esto; en que los fenómenos biológicos, todos, tienen una cierta finalidad... un sentido.

Adiós determinismo.

Extraños objetos

Según Monod la biosfera está poblada de organismos "extraños". Su extrañeza radica en tres atributos que caracterizan a los seres vivos.

- 1º Teleonomía.
- 2º Automorfogénesis.
- 3º Invariancia.

La teleonomía

La teleonomía nos muestra que los organismos vivos son objetos que parecen proyectivos. Con esto de proyectivos Monod nos aclara que se desarrollan bajo un proyecto preestablecido y que con este proyecto todo se realiza con estricta finalidad. Por lo menos hay una finalidad, la de sobrevivir.

La automorfogénesis

La automorfogénesis nos muestra que su de-

sarrollo es autóctono. Vale decir que su motor es interior. Compruébese cómo la diferenciación embriológica se produce desde adentro. No influye en ella la circunstancia del medio ambiente.

La invariancia

La invariancia nos muestra que los hijos salen parecidos a los padres en todo. Basta observar la división celular para comprobar que en la mitosis las células hijas detentan el mismo patrimonio DNA que tenía la célula madre. Exacto. Las hijas son idénticas a la madre en la medida que disponen del mismo patrimonio hereditario.

Teleonomía

Y es por esto que reaparece la teleología bajo otro nombre: Monod la llama teleonomía.

Con esto nos bastaría para enterrar de una vez aquel positivismo cuya razón de ser era precisamente negar la teleología en sus dos etapas precientíficas.

- 1a. La divina o teológica.
- 2a. La metafísica o teleológica.

Así llamadas porque una y otra operaban sobre una finalidad que daba sentido y comprensión al fenómeno biológico.

En cierto modo, esta biología se vuelve "finalista" en la misma proporción que la física fue "causalista". Starling dijo que "la biología difiere de la física", porque "además del mecanismo causal lleva en sí una intención final."

Capítulo final del libro de Monod

El libro de Monod —*Azar y necesidad*— termina haciendo un llamado a los científicos para que no se dejen envolver por esta teleonomía y apunta hacia una ética del conocimiento que nos permita encontrar la verdad, siempre la verdad y nada más que la verdad. Naturalmente una verdad científica que nos da una explicación causal con ciertas restricciones.

Con esto quiere subrayar cuán peligrosa es una "doctrina" universal, cualquiera que sea, si no asienta sobre la verdad experimental.

Monod viene a decirnos "si creemos en un mecanismo universal (mas allá de la experiencia individual) ya hemos mediatizado nuestra verdad para ponerla al servicio de una intención universal.

Por lo tanto no puede haber verdades universales; ni finalismo, ni causalismo; ningún dogma puede ser bueno.

Para seguir investigando, no podemos aceptar "credo" alguno. Ni siquiera el "científico." El credo presupone dogma. Y lo único que no puede ser el científico es "dogmático".

Alta traición

Si el investigador va cosechando experimentos para ir colocando sus resultados dentro de la cuadrícula de un dogma preestablecido, hace alta traición. A la larga esta postura nos creará una limitación de nuestra libertad. Ante el conflicto que surge de esta posición, sólo nos queda un camino: la ética del conocimiento.

Esta es la conclusión final de Monod que intentaremos razonar y discutir adelante.

La ética del conocimiento

Será cuestión de volver atrás empezando por la primera etapa de A. Comte. La etapa divina. La creacionista. Un mundo salido, mondo y lirondo de las manos de Dios.

Los "animistas" fundamentaron sus conocimientos sobre leyes que trascendían o bien de la religión, o bien de la naturaleza.

Como sea que ambas se hallaban fuera de la realidad experimental, para un positivista sería punto menos que una deslealtad darles validez académica. Y sin embargo, cuando nos pronunciamos "darwinistas", por ejemplo, ya caímos en pecado de deslealtad.

El investigador moderno ha surgido de la ciencia experimental. Todo su crédito científico lo debe al método inductivo. Debe detenerse ante los hechos. Cuando brinca mas alto de los hechos de nuevo se ha adherido al animismo. Como un toxicómano se aferra a su droga y es así como el científico vuelve al "finalismo" sin darse cuenta de que comete alta traición.

El biólogo que cree que el transformismo tiene una finalidad, digamos el "progreso"; este

biólogo afirma a ojos cerrados que la célula es más elemental que el hombre. O que el *Homo sapiens* es más perfecto que el caballo.

De igual modo, cuando el sociólogo afirma que la humanidad evoluciona hacia el progreso acepta que el régimen socialista es más perfecto que una sociedad de clases. Aceptar esta fuerza oculta que hace evolucionar al mundo hacia la perfección, es igualmente finalista y en cierto modo animista. Es como aceptar una alma colectiva que tiene una sola finalidad. Salvarse. ¿Cómo? Progresando.

El templo de la ciencia debe marchar sin "altares"

Según Monod, las ciencias deben su poderío al método experimental. Y el método experimental, base de todo conocimiento, no puede acreditarse a través de sistemas de valores universales, puesto que éstos están condenados por el mismo conocimiento. Esta contradicción es mortal. Es ella la que determina el abismo que se abre hoy día ante nosotros. Trabajamos en el cubículo del laboratorio y luego nos arrodillamos ante el altar del progreso para proclamar nuestra fe en el dogma universal del evolucionismo.

La ética del conocimiento debe ser creadora de un mundo moderno, y por lo tanto la ética del conocimiento es la única compatible con la verdad, la única capaz de guiar nuestra propia evolución. A condición de realizarla sin ningún finalismo, ni siquiera el que invoca al progreso.

El marxista que afirma que la sociedad de clases está condenada a desaparecer por ley natural, se declara partidario de una finalidad tan noble como el "progreso". Pero ministro al fin.

La ética del conocimiento

Si es cierto, como cree Monod, que la angustia que sentimos para poder dar una explicación científica es una fuerza innata, y que esta herencia es tan genética como cultural, podemos admitir que nuestra necesidad de comprender la verdad puede saciar nuestras exigencias del saber sin necesidad de someterla a un dogma universal.

Pero luego añade: la ética del conocimiento

es también “conocimiento de la ética”. Es decir, de los impulsos, de las pasiones y de los límites del ser biológico.

Hombre Jano

El hombre es el único ser que pertenece al mismo tiempo a dos reinos: el reino animal (como el bruto) y el reino de las ideas (como el ángel).

Por esta razón está torturado como el dios Jano por su dualismo desgarrador que se expresa tanto en el arte y la poesía como en la ciencia. El hombre tiene por un lado las urgencias vitales del bruto y por otro lado siente las urgencias vitales del ángel. Con frecuencia ambas se excluyen.

La mayoría de los sistemas animistas han querido ignorar al hombre biológico, al que consideran como envilecido por las urgencias vitales del cuerpo. Y por tal motivo condenan todo lo animal al patrimonio de lo nefando.

La ética del conocimiento, por el contrario, debería estimular al hombre y respetar su vida animal. Es cuestión de buscar la forma de asumir esta herencia que arrastramos desde el cuaternario.

Dos patrimonios coexistentes

El patrimonio animal debemos respetarlo y someterlo a un tiempo.

En cuanto a las más altas cualidades humanas, “el ánimo, la generosidad, la ambición creadora”, son igualmente ciertas y respetables. La ética del conocimiento sólo afirmará su valor trascendente si se pone al servicio de la idea que acepte los dos patrimonios.

Según esto la ética del conocimiento sería la única actitud a la vez racional y a su vez idealista sobre la que podría edificarse un verdadero socialismo.

El socialismo es el gran sueño del siglo XIX que sobrevive dolorosamente porque representa una doctrina de corte animista ingenua, tan ingenua como pudo serlo el fetichismo del hombre primitivo (Monod).

El socialismo-dogma, como alta traición

La interpretación del sueño socialista ha sido la causa de las traiciones que hemos sufrido y de los crímenes cometidos en su nombre.

Es trágico, pero es verdad, que nuestra profunda aspiración de escudriñar la verdad científica, ha encontrado en el socialismo una doctrina filosófica bajo la forma de una ideología animista.

Una vez por todas, es preciso renunciar a esta ilusión que además de pueril, es mortal.

El materialismo histórico

El caso es que Marx escribió las bases de un “socialismo científico”.

¿Cómo podría construirse un socialismo científico sobre una ideología de corte animista? Esto sería burlarse de la ciencia sobre la que pretende apoyarse.

La esperanza del socialismo no puede fincar sobre una “revisión” de la ideología preestablecida sino en el abandono total de ella.

La ideología es siempre un dogma. Y el dogma anula nuestra capacidad de investigación. En buena doctrina “popperiana” no podemos aceptar ni la dialéctica marxista, ni el evolucionismo histórico como dogmas preestablecidos.

Popper lo ha propagado a los cuatro vientos; no es lícito aceptar nada que lleva una finalidad en sí misma. Aunque sea articulada alrededor de palabras tan altisonantes como evolución y progreso. Jamás la ciencia individual puede someterse a una verdad universal.

Ciencia individual frente a verdad universal

¿Dónde encontrar la fuente de la verdad de un socialismo humanista sino en la misma ciencia? No puede haber más ética que la que surge del conocimiento, haciendo de él un valor supremo. La verdad científica debe ser la medida y garantía de todos los demás valores.

Siempre a escala experimental. Buscando la verdad y nada más que la verdad. No puede haber verdades grandes y pequeñas.

Esta ética debe fundar la responsabilidad moral sobre la libertad de elección.

Solamente esta ética del conocimiento puede

conducirnos a "otro" socialismo... sin verdades universales.

El otro reino

El reino de las ideas debe reducirse al reino del conocimiento y de la creación.

Reino que sólo habita el hombre. Reino que debe estar cada vez más liberado de los apremios materiales y de las servidumbres mentirosas del animismo. Reino que podría al fin vivir auténticamente, protegido por instituciones que, viendo en él al creador del reino, deberían servirle en su esencia más precisa.

Y termina Monod: Esto es quizá una utopía. Pero es la conclusión a que nos lleva la búsqueda de la autenticidad.

La antigua alianza ya está rota. Ya no hay vínculo entre el reino de Dios y el reino natural. El hombre ha comprendido, al fin, que está solo y sabe que ha emergido por azar en el Universo.

Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte.

Al hombre no le queda otra alternativa, debe escoger entre el reino de las ideas y las tinieblas del animismo.

¿Y por qué elegir entre uno y otro? ¿Por qué no aceptar los dos?

Revisionismo actual

Esta posición de Monod nos previene del peligro de exaltar un animismo troglodita que debemos salvar a toda costa. Será bueno dar un brinco hacia atrás para recordar en qué consistió el animismo primitivo. No fuera que alguien pensara que Monod se refiere al hombre cavernario cuando ensarta la doctrina socialista en un cuadro de aparente corte animista.

La ciencia solamente puede cosechar "verdades". Verdades frías sin calor sentimental. Si el investigador pone tantito de "fe" en los resultados de laboratorio, desvía su valor original. La experiencia debe ser rigurosamente científica. Nunca sentimental.

Para seguir el camino experimental deberíamos tener presente los cuatro ídolos de Bacon.

El animismo primitivo

El animismo podría definirse como una religión. Según esto la naturaleza estaría dotada de unos espíritus misteriosos análogos al espíritu humano.

Es así que el animismo primitivo fue llamado en un principio fetichismo.

Este término, "fetichismo", fue adoptado por Augusto Comte cuando formuló su célebre ley de los tres estados.

1º Estado teológico en el cual el hombre explica los fenómenos naturales por voluntades análogas a la suya.

2º Estado metafísico que explica el universo por abstracciones filosóficas.

3º Estado positivo en el cual todo se explica científicamente.

Varias etapas del estado teológico

El hombre, pues, empezó por el fetichismo, en el que hizo intervenir espíritus benéficos y maléficos; pasó en seguida por el politeísmo en el que hizo intervenir varios dioses y espíritus y luego condensó todos estos dioses en uno solo: monoteísmo.

Los negros todavía hoy adoran fuerzas espirituales comparables a espíritus; por consiguiente, en lugar del término fetichismo sería más exacto "animismo".

Podemos designar con el nombre de animismo a la religión de numerosas sociedades, tal por ejemplo, las sociedades polinesias, las sociedades indígenas de ambas Américas, las esquimales, etc.

Para el primitivo, el alma está estrechamente unida al cuerpo, y aun en ciertas partes corporales; para los australianos, sobre la grasa de los riñones.

El alma inmortal y pasajera

Según todas estas religiones el alma puede abandonar momentáneamente el cuerpo sin que éste muera. A distancia el alma que se desprendió puede ejercer una acción de presencia. Es el alma en pena.

Fraser nos ha explicado "que el alma puede ser robada", comida, transportada, y en algunos

casos reemplazada. Entre los indios Cherokee, durante una batalla el jefe coloca su alma en la punta de un árbol, y por más que el enemigo tire sobre él no es herido ni muerto; pero si su adversario conoce el hechizo guerrero, apunta a las ramas del árbol y el jefe cae muerto.

Para el primitivo "la individualidad no se detiene en la persona, incluye también las secreciones y las excreciones: cabellos, uñas, lágrimas, orina, esperma, sudor..."

"A estos elementos de la individualidad hay que añadir las impresiones que el cuerpo deja sobre un asiento y particularmente las huellas de su paso."

Son también pertenencias la sombra del individuo, su reflejo en el agua, su imagen (de aquí el temor entre los primitivos de ser fotografiados, dibujados o pintados).

Pertenencias son las ropas: es así como una mujer que se cubre con el traje de un hombre sudoroso se embaraza.

La muerte proviene cuando el alma abandona definitivamente el cuerpo. Sin embargo, el espíritu de él puede quedar unido a su cadáver. Por esto es que conviene cuidarlo para que el difunto, envidioso de los vivos, no tome venganza. Los muertos necesitan comer y beber.

El mundo del primitivo está formado de imágenes, ya sean percibidas durante la vigilia, ya evocadas por el presagio, pero siempre son tomadas por realidades.

En el Africa ecuatorial, por ejemplo, un via-

je realizado en sueños considérase como realmente efectuado. Entre los indios, quien sueña haber sido mordido por una serpiente, debe someterse al mismo tratamiento que si hubiera sido mordido de verdad.

Siguiendo esta orientación, la mentalidad primitiva no solamente es preteológica, sino también mística, y naturalmente animista.

La revisión de Monod

Cuando Monod apunta contra el marxista al que considera animista, esta muy por encima de este animismo primitivo. Para entender su crítica en sus justos términos deberíamos revisar a fondo el concepto de "paradigma" según la teoría de Kühn, y el de "falsación" según la teoría de K. Popper.

Entonces y sólo entonces podremos comprender cómo y porqué al sentir de Monod no es aceptable la tesis marxista, sin necesidad de referirla al animismo ingenuo de las culturas primitivas.

Pero sigue siendo cierto que no se puede partir de un "dogma" doctrinal y seguir una metodología deductiva que nos conduzca a una solución definitiva. Por bien razonado que esté el camino. La falla está en el punto de partida y en el de llegada. Causalismo y finalidad.

Esto sería el contenido de la segunda parte de esta meditación.